

El acontecimiento que no deja huella

Vivimos rodeados de acontecimientos que no transforman nada. Guerras, asesinatos, crisis políticas, catástrofes ambientales y violencias cotidianas irrumpen en las redes sociales con una intensidad brutal, pero desaparecen con la misma rapidez. No se asientan, no se elaboran, no producen consecuencias duraderas. Se consumen.

La velocidad digital no sólo acelera la información: destruye la posibilidad de pensar políticamente los hechos. La sociedad contemporánea ya no procesa los acontecimientos; reacciona a ellos. Opinar rápido se volvió más importante que comprender, y reaccionar primero vale más que sostener una reflexión.

En este régimen de velocidad, el pensamiento llega tarde. Dudar es sospechoso, el silencio se interpreta como complicidad y la reflexión profunda queda fuera del tiempo de las redes. Así, los eventos pierden densidad histórica y se convierten en estímulos momentáneos que activan emociones breves: indignación, miedo, euforia.

La derecha se beneficia de esta lógica. La velocidad favorece los discursos simples, las respuestas emocionales y la política del reflejo. Cuando no hay tiempo para pensar, el miedo se vuelve argumento y el odio se presenta como sentido común.

El resultado es una sociedad hiper expuesta a la realidad pero incapaz de transformarla. Los acontecimientos ocurren, pero no dejan huella. Pensar despacio, hoy, se ha vuelto un acto radical en un mundo que exige reaccionar sin comprender.